

Un sueño

La luz de una vela de cebo luchaba con las tinieblas de aquel cuarto húmedo y sombrío. El olor acre del tabaco almacenado hacía insoportable aquella atmósfera de suyo irrespirable.

Pálida, con esa palidez verdosa de los enfermos incurables, la mujer aquella era la encarnación del sufrimiento su cabellera grisácea y desgredada dibujaba una sombra fantasmal en la pared opuesta; los ojos hundidos, de un mirar apagado, se quedaron fijos un momento sobre un montón de cigarros que estaba sobre la mesa. En su boca, ya ajada por la copa del dolor, apareció una sonrisa amarga; todo un día de trabajo no le reportaba sino unos pocos céntimos con los cuales tenía que pagar el albergue y la comida de sus hijos. Al pensar en sus hijos su mirada se dirigió a un rincón del cuarto, donde sobre un camastro miserable dormían dos niños de cuerpos enfermizos y facciones demacradas. La mirada de aquella madre acarició unos instantes a sus hijos que dormían con el sueño tranquilo de quien no obstante sufrir, no comprende todavía lo que es el sufrimiento, de quien no sabe que la causa principal del sufrimiento es la miseria, y que ésta proviene del egoísmo criminal de esos hombres que lo quieren todo para sí, y nada para los demás; de esos miserables que creen poseer las riquezas por derecho divino, y que no comprenden que llegará pronto el día en que esas riquezas almacenadas con las lágrimas del pueblo, serán repartidas entre el mismo pueblo. ¿Cuándo? ¿Cuándo ese pueblo cansado de tener sólo deberes exigirá los derechos que le corresponden?

Pronto se sumió aquella madre desolada en hondas y tristes meditaciones:

Qué sería de aquellas criaturas si ella moría? ¿Quién las recogería? Y su imaginación debilitada por las necesidades forjó escenas de crimen y miseria en las cuales los protagonistas eran sus hijos, pero recordando que su esposo había salido en la mañana con el propósito de rogar aunque fuera de

rodillas a su patrón que le volviera a dar trabajo, despertó en ella una esperanza que su imaginación turbada convirtió en realidad.

Con el primer dinero que su marido ganara irían pagando poco a poco las muchas deudas que tenían; luego, una vez libres de ellas, buscarían un alojamiento un poco más desahogado en el cual se instalarían; y como su esposo era un obrero honrado y trabajador, no tardaría su patrón en aumentarle el sueldo, con lo cual ya podrían ocuparse de la educación de sus hijos. Ya le parecía verlos ir a la escuela, vistiendo en lugar de aquellos andrajos, unos trajes limpiitos que ella les compraría, y además, también les traería juguetes cuando llegara la Noche Buena; qué alegres se pondrían los pobrecitos, que no sabían lo que era un juguete. Y ella, qué feliz sería viéndolos jugar contentos; entonces procuraría curarse de la tuberculosis incipiente que tenía, para gozar de la felicidad de los suyos. Con cuánto cariño aguardaría el regreso de su esposo del taller; sentada en la ventana o esperaría todas las tardes, teniendo a su lado a sus hijos que jugarían sanos y contentos. Y cuando lo divisara por los cristales, se escondería tras de la puerta para darle una sorpresa cuando entrara. Al abrir la puerta...

La puerta se abrió y una mujer andrajosa entró gritando ¡Corre, corre, que han matado a tu marido porque hirió al patrón que no le quiso dar trabajo!

La infeliz abrió desmesuradamente los ojos, su palidez se hizo más intensa, y cayó al suelo sin exhalar una queja.

Injusticia

Se nos dice, que en varias casas ricas de esta ciudad se han presentado casos de viruela, y las autoridades se han limitado a poner un policía a la puerta de esas casas.

Preguntamos: ¿la Casa del Radio es sólo para los pobres?

De la conquista del pan

El pueblo sufre y pregunta: ¿Qué hacer?

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo, EL DERECHO DE VIVIR; y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. Obrar de suerte que desde el primer día de la revolución sepa el trabajador que una nueva era se abre ante él; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir debajo de los puentes, junto a los palacios, a permanecer en ayuno mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Sea todo de todos tanto en realidad como en principio, y prodúzcase al fin de la historia una revolución que piense en las necesidades del pueblo antes de leerle la cartilla de sus deberes. Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva de todo lo necesario para la vida de todos; tal es la única manera verdaderamente científica de proceder, la única que comprende y desea la masa del pueblo.

Tomar posesión en nombre del pueblo sublevado, de los graneros, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizándose enseguida para llenar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no ya para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva feliz y se desarrolle la sociedad.

Gandhi

viene de la página 2

nos grandes Príncipes indios, no están de acuerdo con Gandhi. Un periódico de uno de estos días, reprodujo el retrato de uno de ellos, cubriéndose con las manos el rubor del rostro. ¡Pobres hombres! No sabemos si merecen una maldición o una mirada de desprecio.

¡Príncipes indios! ¡Hombres de sangre azul! Esos son los que no quieren que su patria se liberte. Están muy acostumbrados a hacer genuflexiones y quieren seguirlos haciendo ante el Rey de Inglaterra y no ante la bandera de la libertad.

¡Oh la sangre azul! ¡Siempre ha sido escarnio de la justicia y hoy lo es también de la dignidad humana!